

- Nivel II

Sobre el poder, las instituciones y el dominio del cuerpo.

Autor: Olegario

El hombre es cuerpo y desde el propio cuerpo se vincula. El cuerpo se muestra en los sentidos y su límite es la piel.

Pero ese cuerpo no es libre. Está dominado por poderes que son imperceptibles, que están ocultos. Poderes que intervienen sobre la población mediante la gestión de la vida. Poderes que no buscan terminar con esa vida, sino que su objetivo es el control total de la existencia humana. Esos poderes ven en la dominación del cuerpo una forma de gobernar y de organizar a las poblaciones

Estos poderes antiguamente dominaban al cuerpo de forma maciza, rígida, constante, basados en la capacidad de un "soberano" de hacer morir y dejar vivir. De ese punto parten los regímenes que mantenían una disciplina en todos los ámbitos sociales de la vida. La forma antigua de poder tenía en el más allá, en la muerte, una justificación metafísica de su poder terrestre.

Pero con la revolución francesa y el desarrollo de los estados nacionales, cambió el paradigma de la dominación sobre el cuerpo. Si los antiguos regímenes se basaban en la muerte como fundamento para avasallar al cuerpo de los individuos, el nuevo sistema se caracteriza por tener como fundamento de dominación a la propia vida.

El nuevo poder, ejercido ahora a través del aparato estatal, amenaza con desposeer de propiedades al cuerpo.

Se trata de un poder que opera de dos maneras principales.

En primer lugar mediante la gestión y el adiestramiento de los cuerpos a nivel individual, intentando maximizar las fuerzas para el sistema de producción capitalista. Estas disciplinas se centran en hacer fuerte y rentable a un cuerpo de forma individual, mediante sistemas encargados de moldear al individuo para integrarlo en la sociedad y convertirlo en útil, generando una serie de hábitos corporales. Estas disciplinas son puestas en funcionamiento mediante las instituciones.

En segundo lugar mediante la dominación del cuerpo en términos globales, estableciendo controles natales y de mortalidad y desarrollando políticas enfocadas a la salud y la sexualidad. Estos controles están enfocados en el conjunto de la especie. Se pasa a considerar a los cuerpos de los individuos como seres vivos y no como sujetos de derecho, porque el poder ya no se basa en la ley, esta es un elemento más en un entramado de las instituciones que busca gobernar a base de regular lo que es normal y adaptar a ello a los individuos.

El nuevo régimen hace que los sujetos orienten sus acciones en beneficio del poder y despliega mandatos para promover unas formas de vida y descartar otras.

Son las propias instituciones creadas por el sistema las que hacen posible estos métodos de dominación sobre el cuerpo.

Estas, son también las encargadas de producir y reproducir otra forma de dominación que estuvo vigente incluso antes de la creación del sistema capitalista y que, hasta el día de hoy, continúa siendo parte del orden social.

El término patriarcado no es un término de nuestros tiempos, sino que es mucho más antiguo.

El propio Estado es una de las instituciones que ratifica e incrementa la dominación masculina (patriarcado), convirtiendo a la familia patriarcal en el principio y en el modelo del orden social y moral, y al gestionar y (no) regular la existencia de la unidad doméstica, atada siempre a la mujer. Los Estados han escrito en el derecho de la familia y en las reglas del estado civil de los ciudadanos, todos los principios fundamentales de la visión androcéntrica.

Esta institución tiende a identificar la moralidad con la fuerza, la valentía y el dominio del cuerpo, sede de las mayores tentaciones y deseos. Exaltando, por ejemplo, en los regímenes autoritarios los grandes desfiles militares o las espléndidas exhibiciones gimnásticas, debelando una filosofía ultramasculina, basada en el culto al soldado macho, a la comunidad masculina y a la moral heroica.

Pero si hablamos de instituciones que se encargan de reproducir el orden social, no podemos dejar de hablar de la familia y de la escuela. La primera cumple un rol fundamental al ser la primer fuente de enseñanza de todos los individuos y al imponer, al igual que el Estado, la división sexual del trabajo que segrega a las mujeres al ámbito doméstico.

La segunda no es menos importante, ya que la totalidad de la cultura esta vehiculada/vehiculizada por la institución escolar, que no ha dejado de transmitir, hasta una época reciente, modos de pensamiento y modelos arcaicos.

En esta institución tiene mucho peso el abordaje aristotélico sobre la mujer, vista como un ser cuyo único fin era la reproducción y cuya virtud era el silencio, al tiempo que el hombre era visto como un ser avasallador tanto de las mujeres como de los esclavos. Fue incluso el propio Aristóteles el que posiciono/ó a la mujer, en la escala social, tan solo por encima del esclavo, afirmando que la primera tenía voluntad, pero estaba subordinada y el segundo carecía totalmente de esa voluntad.

Aristóteles afirmo que al no otorgársele voz a la mujer, se le estaba negando la oportunidad de crear su propio discurso, por ende, carecía de identidad. Al no tener voz, no se la podría considerar como un ciudadano y, por lo tanto, no sería un sujeto de derecho.

La nueva forma de poder sobre el cuerpo de los individuos de la sociedad es, sin dudas, patriarcal. Y esto queda demostrado al ver como las instituciones reproducen los

mecanismos de dominación masculina y de la división sexual del trabajo, que además de relegar a las mujeres al ámbito doméstico no remunerado, crea la brecha salarial entre hombres y mujeres y la existencia de trabajos masculinos y femeninos.

Pero el dominio, tanto sobre el cuerpo, como sobre las mujeres, no solo se ejerce por medio de las instituciones del propio sistema, sino que también el poder se hace presente mediante las imágenes que consumimos.

Este poder que tienen las imágenes sobre el cuerpo se da porque sirven como un modelo a seguir. Percibimos las imágenes como si fueran el mejoramiento de una realidad horrible y oscura. Es por eso que la imagen nos sirve como un velo, como un escudo frente a una realidad que no podemos aceptar. Sacamos fotos y usamos las imágenes para huir y protegernos de la imperfección, porque estas no se marchitan ni envejecen, no son ni futuro ni pasado.

Pero aquí se presenta una contradicción. Si bien utilizamos las imágenes para protegernos frente a la realidad, al mismo tiempo estamos despojando, a toda imagen consumible, de su verdadera esencia (que es representar a la realidad). En la imagen, no permitimos la irrupción de lo real ni de lo *otro*. Domesticamos a las imágenes y las privamos de la verdad a medida que se hacen consumibles.

Al utilizar las imágenes como un modelo a seguir, el poder puede fijar, por ejemplo, estándares de belleza (tanto masculinos, como femeninos), y utilizar las imágenes de consumo como otra forma de dominar el cuerpo del individuo, ya que aquella persona que no siga los modelos que nos presentan la imágenes, será excluida de distintos ámbitos sociales e institucionales.

La dominación sobre el cuerpo tiene por objetivo reprimir y desfigurar las pasiones y los instintos humanos a través de los mecanismos de poder.

Hoy en día la relación con el cuerpo está totalmente mutilada. El cristianismo, durante mucho tiempo, definió al cuerpo como el origen de todos los males, y en épocas medievales instó a las capas inferiores de la sociedad a ver al cuerpo como algo malo y enfocarse en el desarrollo espiritual, es por esto que el cuerpo se fue convirtiendo en objeto de burla y de rechazo, de atracción y repugnancia, y fue deseado como algo prohibido.

Con la llegada de la sociedad burguesa y el cambio en los métodos para ejercer el poder sobre el cuerpo, las sociedades dejaron de estar dominadas por la “espada del soberano” y pasaron a ser dominadas por ese gigante llamado Estado, que al final terminó por forjar su propia espada para la dominación del cuerpo de los individuos de la sociedad.

Con el nuevo orden desapareció el sentido de exaltación del cuerpo viril, ya que desapareció el sentido de *Eros*, porque no queda nada que descubrir en el cuerpo.

Aquel cuerpo viril griego no era erótico por estar desnudo, sino porque estaba revestido de una capa de armonía y misterio por la que pasaba la mirada del *Eros*.

La imagen corporal esta, hoy en día, totalmente desnuda, despojada de todas sus propiedades, la imagen del cuerpo se volvió pornográfica. Y esta pornografía está en las antípodas del *Eros*.

Este *Eros* perdió el sentido porque en las sociedades contemporáneas hay una continua exaltación del narcisismo que degrada al otro. El fundamento que se da para exaltar al narcisismo es la necesidad de crear condiciones para que el ser, de forma individual, pueda gestionarse a sí mismo, asegurando así, la libre circulación del deseo. El individuo se vuelve "su propio jefe" e incorpora una dinámica de exigencia personal, que está disfrazada de libertad, pero que sirve para los propios intereses de los poderes que dominan el cuerpo.

Para el poder, la vida debe ser despedazada y el universo debe convertirse únicamente en polvo y en dominio abstracto (Horkheimer y Adorno, 1944). El hombre de la modernidad es un ser centrado en sí mismo, incapaz de grandes deseos, dedicado a preservarse y evitar el dolor. Solo queda resistir y esto implica que el sujeto se tome como una obra de arte (Foucault, 1979).

Bibliografía:

- ❖ Byung-Chul Han, (2013), *En el enjambre*, Berlín, Alemania, ed. Herder.
- ❖ Bourdieu, Pierre, (1998), *La dominación masculina*, Paris, Francia, ed. Anagrama.
- ❖ Foucault, Michel, (1978), *Microfísica del poder*, Barcelona, España, Ediciones de La Piqueta.
- ❖ Horkheimer, M. y Adorno, "Interés por el cuerpo" en *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, España, ed. Trotta, 1998. P. 277-281
- ❖ Byung-Chul Han, (2014), *La agonía del eros*, Barcelona, España, ed. Herder.